

The cover art features two prominent characters: a large, green-skinned orc on the left and a smaller, orange-skinned orc on the right. The green orc is wearing heavy, ornate blue and gold armor with intricate designs and a large white fur collar. He has a thick, braided beard and a stern expression. The orange orc is wearing brown, fur-lined armor with metal accents and a spiked collar. She has a more dynamic, slightly aggressive expression and is gesturing with her hands as if in conversation. The background is a dark, atmospheric setting with warm, golden light filtering through, suggesting a cavernous or ancient environment. The overall style is highly detailed and characteristic of the Warcraft franchise's art direction.

WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

UN NUEVO CAMINO

DE ADAM CHRISTOPHER

3

LINAJES de SANGRE



Thrall se despertó con un grito ahogado. Quiso levantarse, pero unas manos lo empujaron suavemente de nuevo al catre.

—Calma, am'osh.

Thrall pestañeó para ver mejor.

—Aggra —susurró. Con su ayuda, se sentó lentamente; luego, recordó de repente y los dedos buscaron el sitio donde la flecha lo había alcanzado. Estaba sensible, sí, pero la herida había sanado, y el entumecimiento había desaparecido.

—Los Lok'osh son muy hábiles —dijo Aggra—. Dicen que puede pasar mucho tiempo hasta que recuperes tu fuerza por completo, pero creo que subestiman tu resistencia. —Sonrió—. No estoy segura de que crean del todo que hayas caminado desde Stromgarde en tu estado.

Thrall gruñó.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Unas horas, no mucho más.

Thrall bajó las piernas del catre y permitió que Aggra lo ayudara a ponerse de pie. La abrazó, y le acarició la mejilla.

—Me alegro de verte, amor mío.

—Lo mismo digo —dijo Aggra. Hizo una pausa—. Pero me gustaría tener mejores noticias para despertarte.

Thrall suspiró.

—¿No hubo suerte con Geya'rah?

Aggra sacudió la cabeza.

—La situación es... difícil.

Thrall se masajeó el hombro dolorido.

—Así parece. —Miró a su alrededor y vio que estaban en un cuartel militar básico. Del otro lado de la habitación había otro catre, sobre el que habían apoyado la armadura de Thrall... armadura que alguna vez había pertenecido a Orgrim Martillo Maldito.

El viaje de Thrall por las Tierras Altas volvió a su mente, junto con el recuerdo fresco de su sueño febril. Mientras comenzaba a moverse y vestirse, pensó en lo extraño que era estar de regreso aquí con la armadura de Martillo Maldito, ahora que resurgían los viejos rencores entre orcos y humanos.

¿Qué es lo que hacía falta para que Azeroth pudiera dejar atrás un pasado que merecía, si no el olvido, al menos un lugar archivado en la historia, donde pertenecía?

Colocó las enormes bufas con pinches sobre sus hombros y comenzó a ajustarse las correas en el pecho.

—Tengo que hablar de inmediato con Geya'rah.

—Go'el —dijo Aggra—. Puede que sea más difícil de lo que piensas.

Thrall gruñó.

—¿Pero ella sabe que estoy aquí?

—Por supuesto. Es una suerte que haya enviado la patrulla que te encontró. No confiaba en que Stromgarde te recibiera.

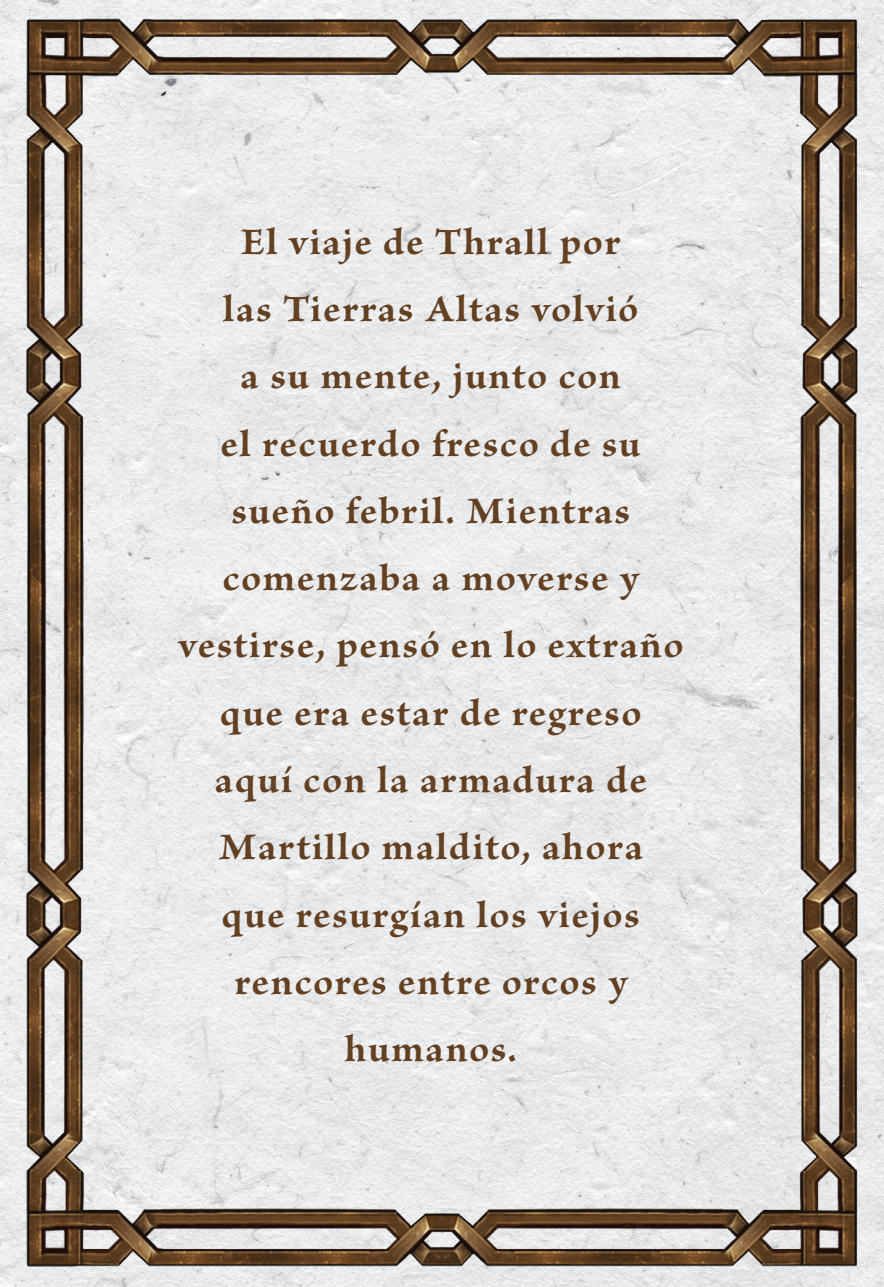
Thrall comenzó a ponerse las botas.

—Entonces es hora de hablar.

—No comprendes —dijo Aggra—. No te otorgaré una audiencia.

—Ya veremos —dijo Thrall.





El viaje de Thrall por las Tierras Altas volvió a su mente, junto con el recuerdo fresco de su sueño febril. Mientras comenzaba a moverse y vestirse, pensó en lo extraño que era estar de regreso aquí con la armadura de Martillo maldito, ahora que resurgían los viejos rencores entre orcos y humanos.

Thrall avanzó por los pasillos serpenteantes de la base, seguido de cerca por Aggra, hasta que llegó a una cámara protegida por dos kor'kron, que se alejaron instintivamente de la puerta para dejarlo pasar. Parecía que Danath había dicho la verdad en Boralus: aunque Thrall nunca hubiera tenido motivos para ponerlo a prueba, los kor'kron seguirían respondiendo a él en ausencia de un jefe de guerra. Cuando entró en la cámara del consejo, vio a Geya'rah de pie junto a una mesa cubierta de mapas con otros dos orcos: el actual general kor'kron, Talgar, y otro guerrero de piel verde y barba gris cuya presencia lo sorprendió.

—¡Eitrigg! —gritó Thrall, y se acercó a saludar a su viejo amigo—. ¿Qué hacen aquí los Roca Negra?

Eitrigg estrechó el brazo que le extendió Thrall.

—No eres el único con una misión diplomática, Thrall. Pero me alegro de que estés aquí. Nos vendría bien tu consejo.

Geya'rah frunció el ceño ante ese comentario.

—Eitrigg me ha recomendado que baje las armas, aun cuando los campos de las Tierras Altas siguen manchados con la sangre fresca de nuestro pueblo. —Su mirada se encontró con la de Thrall, y él vio en su furia un fuego que muchas veces sintió también. En muchos aspectos, pensó, él y Geya'rah eran muy parecidos.

—Pero yo mando aquí —dijo Geya'rah mirando a Eitrigg, antes de volver a dirigirse a Thrall—. Y si yo quisiera tu consejo, Go'el, te lo habría pedido.

Thrall se mantuvo firme.

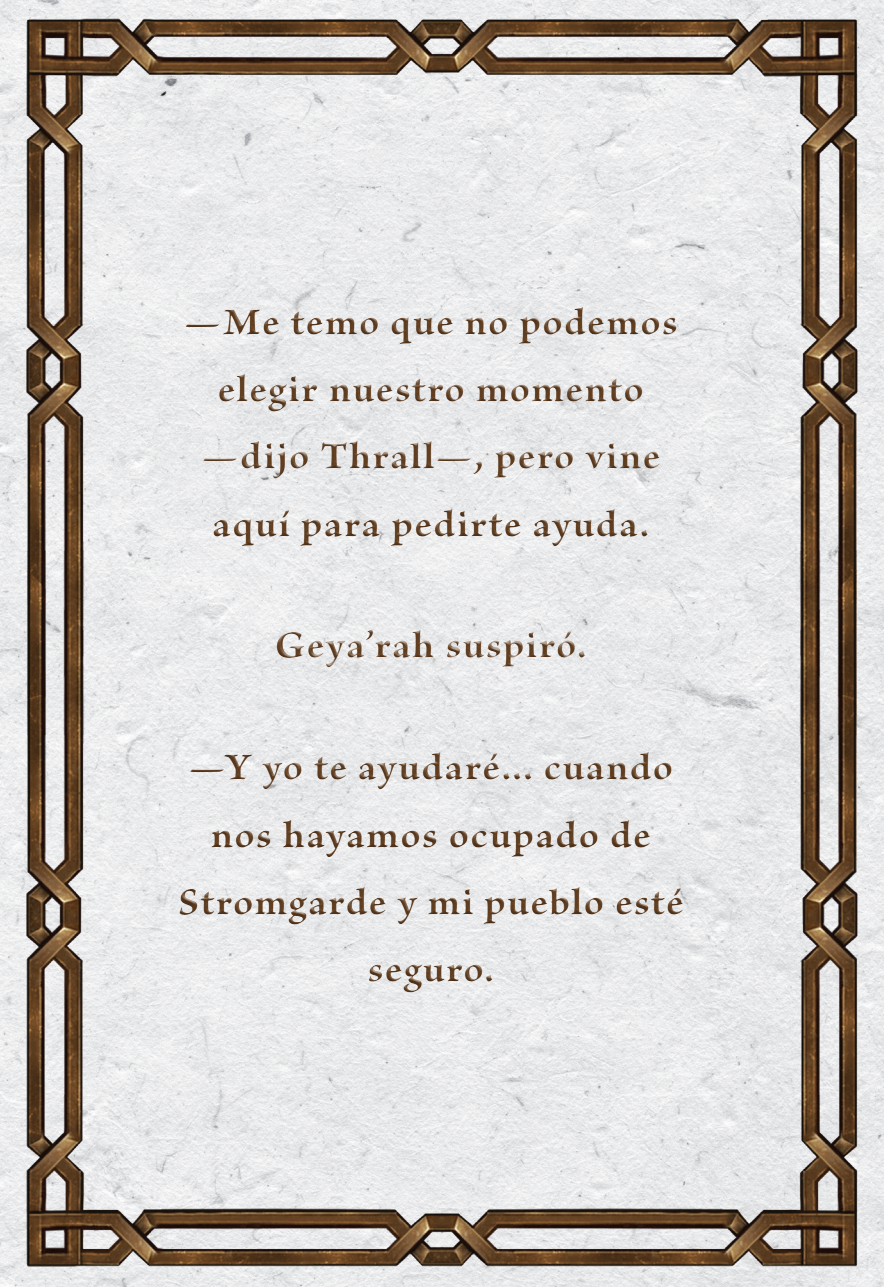
—Parece que he llegado muy tarde, y me disculpo. Debo hablar contigo, Geya'rah. —Hizo un gesto señalando a su compañera—. Estoy seguro de que Aggra te ha contado todo.

—Me contó muchas cosas que yo ya sabía —dijo Geya'rah—, y llegas en el peor de los momentos posibles, amigo mío.

—Me temo que no podemos elegir nuestro momento —dijo Thrall—, pero vine aquí para pedirte ayuda.

Geya'rah suspiró.

—Y yo te ayudaré... cuando nos hayamos ocupado de Stromgarde y mi pueblo esté seguro.



—Me temo que no podemos
elegir nuestro momento
—dijo Thrall—, pero vine
aquí para pedirte ayuda.

Geya'rah suspiró.

—Y yo te ayudaré... cuando
nos hayamos ocupado de
Stromgarde y mi pueblo esté
seguro.

Thrall miró a Eitrigg, pero el viejo orco sacudió la cabeza. Si Geya'rah le había pedido consejo al jefe de los Roca Negra, entonces la situación evidentemente era grave. Tenía que seguir el ejemplo de Eitrigg: su misión no era obligar a Geya'rah a que cooperara. Su misión era negociar.

—Cuéntame lo que está ocurriendo —dijo Thrall, señalando el mapa—. Y quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Geya'rah se quedó quieta, pero los músculos posteriores de su mandíbula se movían sin cesar mientras miraba fijamente a Thrall. Luego asintió y pareció calmarse.

—Está bien —dijo Geya'rah—. Desde que llegamos aquí, hemos convivido en paz con Stromgarde. —Señaló su posición en el mapa—. Los depredadores de la zona eran un problema que compartíamos, y todos nos beneficiábamos con la reducción de sus números. Pero entonces Danath Aterratrols instauró como regente a su sobrina, Marran, cuando debió partir a la ciudad de Ventormenta. Marran nos dio solo unos meses de paz antes de comenzar a formar la Guardia Auxiliar de la Séptima Legión. —Arrojó varias fichas sobre la mesa que representaban a la Guardia Auxiliar—. Ella dijo que era para ayudar a que Stromgarde cumpliera con su parte, y protegiera a las granjas de los depredadores, pero pronto las patrullas comenzaron a rondar más y más lejos de la base. Lo que al comienzo habían sido encuentros amistosos entre nuestras fuerzas pronto dio paso a la violencia. El conflicto de hoy es otro hito más en esta escalada, y ella va por más.

—Los humanos no hacen más que provocar —dijo Talgar—. Es un deporte para ellos.

—No nos dejaron opción —dijo Geya'rah—. El único modo de garantizar la seguridad de nuestro pueblo fue traer a los kor'kron aquí y reforzar la base. —Colocó una ficha de otro color en la mesa, que cayó con todo su peso junto a Sentencia.

Thrall suspiró.

—Algo que Marran habrá visto como un claro acto intimidatorio también. —Echó una mirada incisiva a Talgar—. Montar dos ejércitos es arriesgarse a un único resultado terrible. Hay otro camino.

Geya'rah se rio.

—Entonces cuéntanos, por favor.

—Hablar —dijo Thrall. Hizo un gesto a Eitrigg—. Usar la diplomacia. Negociar. En este mismo momento, Lady Jaina Valiente está en Stromgarde, en la misma misión que yo.

—Buena suerte para ella —dijo Geya'rah—. La conversación no es el fuerte de Marran Aterratrols. Prefiere por lejos que sus arqueros hablen por ella. Además, como te dije... va por más.

—Expílicate —dijo Thrall.

—Sabemos que Stromgarde está planeando un ataque —dijo Talgar—. No es un mero enfrentamiento: quieren apoderarse del territorio y expandir sus fronteras.

Aggra se acercó a la mesa.

—¿Están planeando un ataque a Sentencia?

—Esos cobardes no se atreverían —dijo Geya'rah—. No, su objetivo es la Granja Go'Shek. —La señaló en el mapa—. Si Marran cree que tendrá una victoria fácil contra nuestros campesinos, está muy equivocada. —Miró a Thrall—. Y créeme lo que te digo: incluso con la Séptima Legión, Stromgarde caería rápidamente contra la fuerza de los mag'har, y ni hablar ante los kor'kron. Muchos morirán, y no serán orcos.

Thrall miró a Geya'rah y al fuego en sus ojos. Era tan parecida a él, y aún así tan... diferente. Es cierto, él había estado en su lugar antiguamente. Pero si Thrall había aprendido, parecía que Geya'rah se había endurecido. Quizás porque ella era de otro mundo, otra línea temporal, una prueba viviente de las costumbres más antiguas y severas de Draenor.

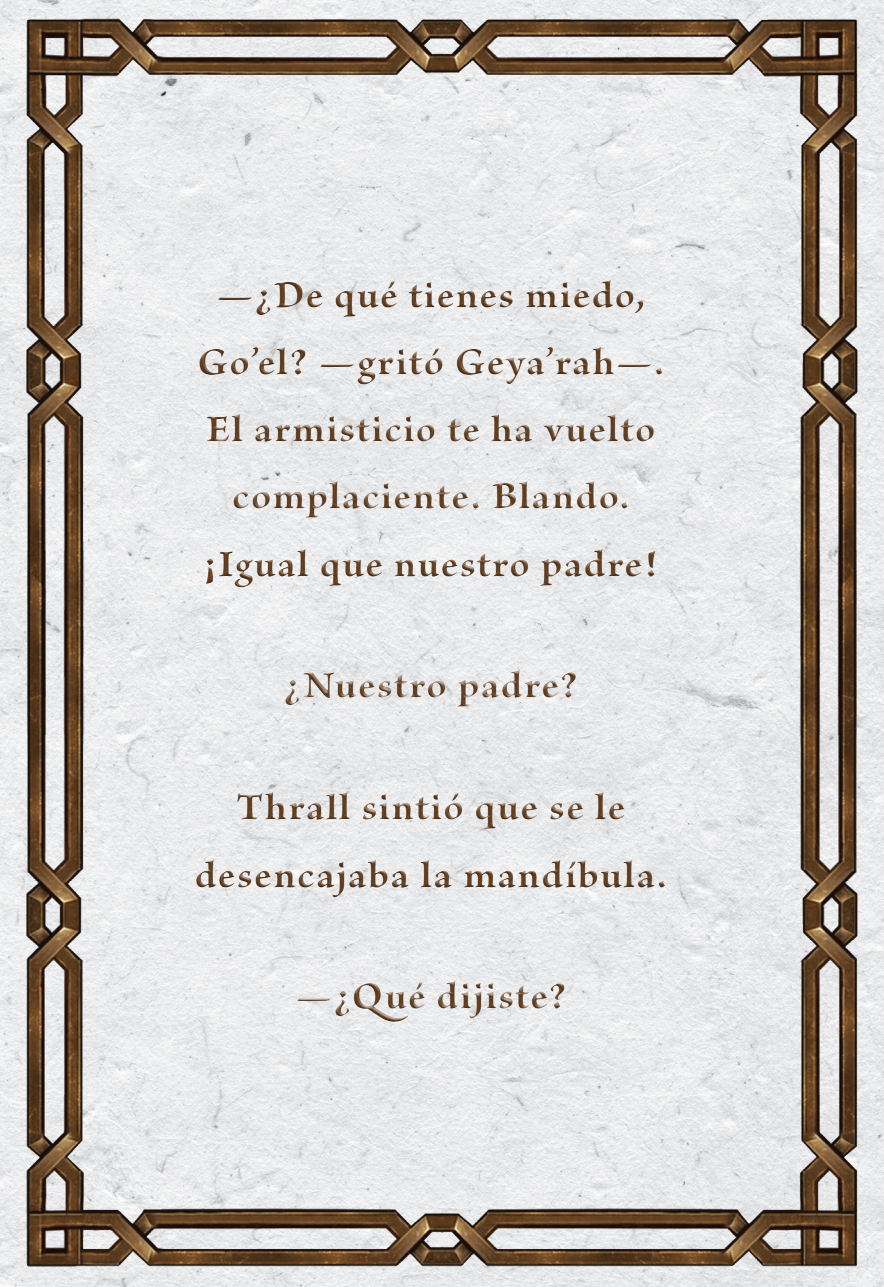
Thrall sacudió la cabeza.

—Geya'rah, si Stromgarde cae, la Alianza responderá con todo su poderío. *Hay otro camino.*

—¿La diplomacia? —espetó Geya'rah—. Uno de *sus* arqueros te disparó durante una *misión diplomática*. El enemigo está preparándose para asesinar a nuestros civiles en una emboscada, ¿y tú hablas de diplomacia? Marran Aterratrols quiere destruirnos. Cree que su propia victoria es el único camino para la paz.

Thrall dio un paso hacia Geya'rah y sintió que su cara se encendía.

—¡Entonces muéstrale *tú* lo que hay que hacer! ¡Te desafío! Demuéstrale que *siempre* hay una mejor manera.



—¿De qué tienes miedo,
Go'el? —gritó Geya'rah—.
El armisticio te ha vuelto
complaciente. Blando.
¡Igual que nuestro padre!

¿Nuestro padre?

Thrall sintió que se le
desencajaba la mandíbula.

—¿Qué dijiste?

—¿De qué tienes miedo, Go'el? —gritó Geya'rah—. El armisticio te ha vuelto complaciente. Blando. ¡Igual que nuestro padre!

¿Nuestro padre?

Thrall sintió que se le desencajaba la mandíbula.

—¿Qué dijiste?

Pero Geya'rah no estaba escuchando.

—La razón por la que yo estoy viva y Durotan no es porque vi un odio voraz y me atreví a enfrentarlo. —Golpeó el puño contra la mesa de guerra—. Hace no tanto los humanos tenían a los orcos como *esclavos* en este mismo territorio. ¡Aggra me dijo que tú estuviste aquí para liberarlos! ¿O te olvidaste del legado de la armadura que llevas, hermano?

Ante esas palabras, Thrall dio un paso atrás. Parpadeó, y cientos de pensamientos se agolparon en su mente.

—¡Suficiente! —dijo Aggra para silenciar a Geya'rah. Puso una mano sobre el brazo de Thrall. Él se dio vuelta para mirarla... y ahí pudo ver. Su rostro lo decía claramente.

—¿Hermano? —dijo.

Los ojos de Aggra se abrieron.

—Go'el, yo...

—¿Tú *sabías*? —Asintió para sí—. Tú sabías.

Thrall se desprendió de su mano y se marchó furioso de la cámara del consejo.



Después de regresar a la fortaleza, Jaina se quedó rumiando en su recámara, consciente de que debería irse por la mañana a menos que pudiera convencer a la sobrina de Danath y hacerla entrar en razón. Cerca de la medianoche, Jaina suspiró con pesar y decidió buscar ella misma a Marran. El día de hoy había sido un baño de sangre para Stromgarde, y era esperable que Marran estuviera con las emociones a flor de piel. Ahora que el sol caía en el horizonte, Jaina esperaba no haber perdido su oportunidad.

Pero cuando abrió la puerta de su recámara, se quedó atónita al ver a la propia Marran, con aspecto agotado y algo avergonzado.

—Pido... disculpas por mis palabras más temprano —dijo—. Fueron apresuradas.

—Están disculpadas —dijo Jaina—. Pero quisiera hablar más contigo.

—Busquemos un lugar privado —propuso Marran—, lejos de los oídos curiosos del castillo.

Marran condujo a Jaina hasta una larga cámara de piedra, fresca y oscura, iluminada únicamente por una antorcha flameante que Marran tomó de un candelero y por el suave resplandor del bastón de Jaina. La cámara era claramente antigua, y estaba ubicada en las profundidades subterráneas del Castillo de Stromgarde. Las largas escaleras espiraladas que las condujeron allí llevaban innumerables siglos de desgaste, y los bloques que formaban los muros de la cámara eran de una forma y tamaño diferentes a los de la ciudad en la superficie.

Marran se detuvo y sostuvo la antorcha en el aire.

—Estamos en Arathor —dijo—. Esto es todo lo que queda de ese antiguo sitio, el último eco de un viejo mundo. Un lugar adecuado para hablar con libertad.

Jaina asintió.

—De niña, me enseñaron la leyenda... Thoradin tuvo la visión de su padre, vestido con la piel de un lobo negro, y fundó el primer reino de humanos.

Pero Marran negó con la cabeza.

—No es leyenda. Es *historia*. Una historia que me han encargado que enaltezca y enriquezca con mis propios aportes. Una historia que no debe caer en el olvido. —Se dio vuelta con un suspiro y agregó—: Tengo interés en que continuemos nuestra conversación de más temprano, pero primero quería hablarte de esto. —Sacó un pedazo de papiro arrugado.

Jaina abrió los ojos sorprendida en la tenue luz... era su carta a Danath.

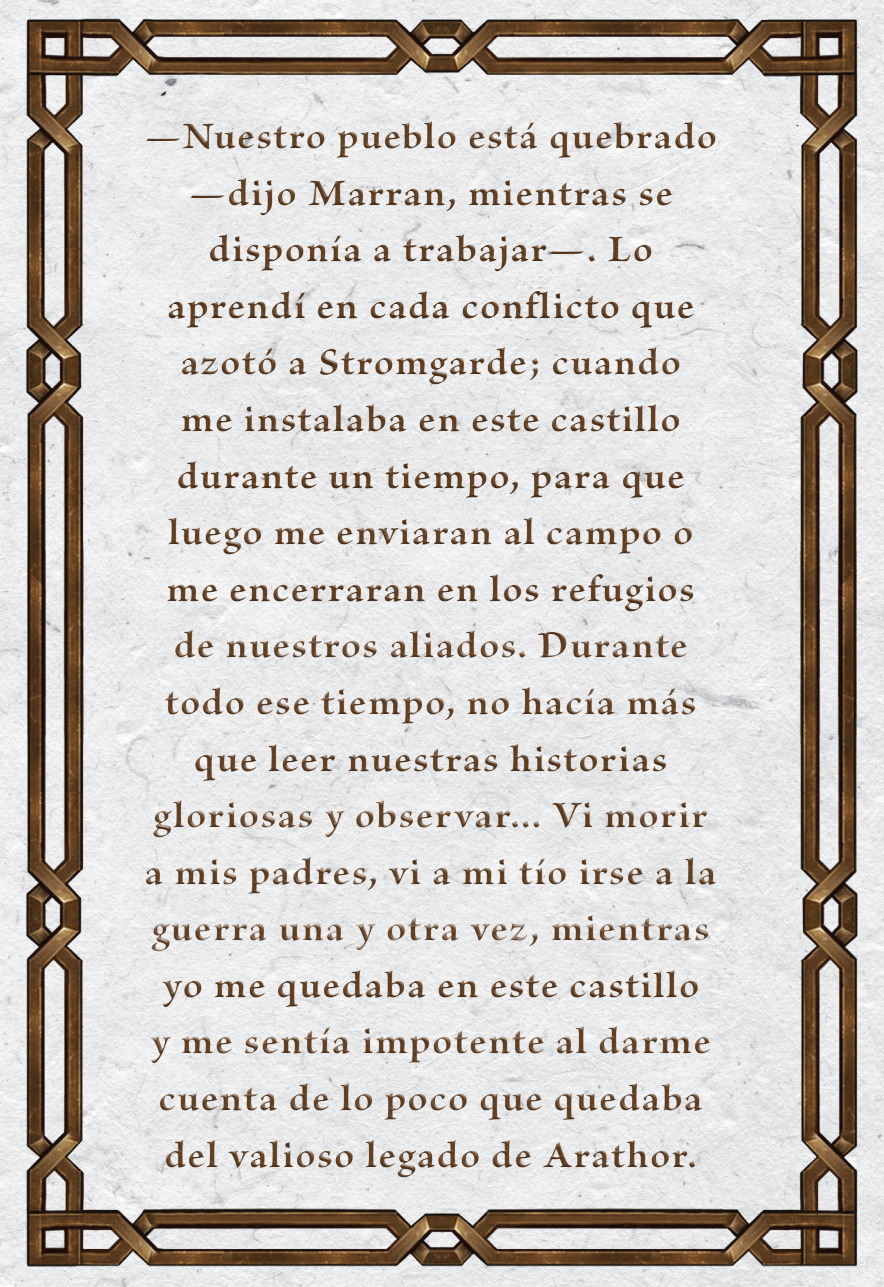
—Mí maestra espía, Zatacia, es muy buena arquera, como tu amigo orco ya ha descubierto. Es una pena perder un caballo valioso, pero en la guerra deben hacerse sacrificios.

El bastón de Jaina resplandeció un poco más fuerte.

—Marran —dijo—, ten cuidado con tus acciones.

Marran ignoró el comentario.

—Cuando me enteré de tu llegada —dijo—, creí que habías venido para



—Nuestro pueblo está quebrado
—dijo Marran, mientras se
disponía a trabajar—. Lo
aprendí en cada conflicto que
azotó a Stromgarde; cuando
me instalaba en este castillo
durante un tiempo, para que
luego me enviaran al campo o
me encerraran en los refugios
de nuestros aliados. Durante
todo ese tiempo, no hacía más
que leer nuestras historias
gloriosas y observar... Vi morir
a mis padres, vi a mi tío irse a la
guerra una y otra vez, mientras
yo me quedaba en este castillo
y me sentía impotente al darme
cuenta de lo poco que quedaba
del valioso legado de Arathor.

ayudarme. Creí que quizás *comprenderías* la posición en que nos dejó mi tío.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire un momento, y Jaina tomó aire para hablar.

—Marran, quiero ofrecerte mi consejo —comenzó a decir—. Pero debo decirte la verdad y con la mejor de las intenciones. Las mentiras no te servirán.

El puño de Marran se cerró con más fuerza en torno al papiro.

—Entonces dame tu verdadero consejo.

Jaina apretó la mandíbula mientras pensaba. Cada palabra contaba a partir de ahora.

—Los mag'har son un pueblo que se forjó en la batalla —dijo Jaina—, y los kor'kron son los guerreros de mayor nivel de la Horda. Si continúas escalando la tensión con los mag'har, *tú* perderás. Dices que quieres honrar a tu pueblo, entonces cuidalo. Forja un pacto con Geya'rah y haz que ambos pueblos se fortalezcan en el camino de la *amistad*.

Marran se tomó un momento para pensar.

—Estoy en la misma sala que la maga más poderosa de todo Azeroth, la que hizo inclinar la Batalla por Lordaeron a favor de la Alianza. ¿Y aún así me dices que perderé?

Tras esas palabras, Jaina suspiró.

—Vine a ofrecerte mi consejo, Marran, no mi magia.

Marran sostuvo la mirada de Jaina por un momento, y luego se dio vuelta y caminó hasta el otro extremo de la cámara. Se detuvo para arrodillarse, y su antorcha reveló un bulto grande y oscuro en el piso.

Jaina siguió a Marran, y dio un grito ahogado cuando vio lo que era.

Era un lobo muerto, que aún tenía puesto el arnés de su asaltante kor'kron. Jaina había hablado con Thrall muchas veces acerca de las monturas de los orcos; para el clan Lobo Gélido, especialmente, la relación entre orco y lobo estaba basada en el respeto y la amistad, más que en la disciplina y domesticación. La pobre criatura era enorme, y su pelaje negro y espeso resplandecía bajo la luz de antorcha.

Marran se puso de pie, apoyó la antorcha en un candelabro de pared y sacó de su cinturón un cuchillo corto de hoja curva. Tomó el pelaje del lobo por detrás de la cabeza y lo levantó. La mandíbula de la criatura se abrió y dejó a la vista unos dientes blancos

y filosos como una daga.

—Nuestro pueblo está quebrado —dijo Marran, mientras se disponía a trabajar—. Lo aprendí en cada conflicto que azotó a Stromgarde; cuando me instalaba en este castillo durante un tiempo, para que luego me enviaran al campo o me encerraran en los refugios de nuestros aliados. Durante todo ese tiempo, no hacía más que leer nuestras historias gloriosas y observar... Vi morir a mis padres, vi a mi tío irse a la guerra una y otra vez, mientras yo me quedaba en este castillo y me sentía impotente al darme cuenta de lo poco que quedaba del valioso legado de Arathor.

Jaina no pudo más que quedarse mirando con una horrible fascinación cómo Marran comenzó a desollar al lobo, y se le revolvía la panza de solo pensar en lo que significaba ese ritual.

—La caída de Dalaran marca el fin de otro reino humano más, aunque se había vuelto irreconocible en los últimos tiempos. Gilneas sucumbió durante tanto tiempo a la peste, y no hablamos de lo que ocurrió en Alterac... ni de Lordaeron. —Un sonido terrible de desgarró se oyó cuando Marran comenzó a separar la piel del músculo y el hueso—. Tú casi pierdes tu lugar en la Cuarta Guerra. Y Ventormenta... lo que antes solía ser un país *remoto* ahora nos gobierna, y define qué porción de las ganancias de la Alianza podemos tener *nosotros*.

La regente de Stromgarde cortó la piel del lomo con cuidado y levantó su trofeo, que esparció una salpicadura de sangre. Luego de enfundar el cuchillo, Marran apartó el pelaje del lobo y lo desplegó sobre las antiguas losas de Arathor.

—Las personas acuden a nosotros en busca de fuerza, pero nosotros se la vendemos a la Alianza una y otra vez. Les enviamos nuestros granos a sus ejércitos mientras los stromanos mueren de hambre. Les enviamos nuestros soldados mientras nuestros niños crecen sin conocer su legado antiguo. Y mientras tanto, hacemos lo que podemos para combatir a los ogros, la Hermandad, o peor.

Marran retrocedió y volvió a tomar la antorcha del candelabro. Bajo la luz titilante, Jaina pudo ver que la piel de Marran estaba brillante de transpiración, y su pecho subía y bajaba por el esfuerzo. Pero también vio algo más. La regente se quedó en silencio ante la piel, mirándola fijo, en trance, aunque había sido ella misma quien la acababa de preparar.

Jaina se dio cuenta de la verdad y el alma se le cayó a los pies.

Marran era más que una gobernante novata, o una idealista.

Era una *creyente*. Una creyente en un pasado glorioso que Jaina sabía que era una fantasía. Marran abrigaba una nostalgia equivocada, y hasta peligrosa, por una época dorada que ella misma nunca había vivido.

Marran miró a Jaina.

—Las Tierras Altas de Arathi son patrimonio de la humanidad. Son el corazón de un gran imperio cuya sangre fluye por *nuestras* venas en este mismo momento, Jaina. Debemos purgarlas de todos los invasores y recuperar nuestro reino. Es nuestro derecho de nacimiento. Es por lo que peleó Thoradin. Y estamos... *estoy* destinada a continuar su legado.

Jaina luchó por contener su desprecio cuando habló.

—Estás en una senda de aniquilación, Marran.

—Jaina, ¿me ayudarás?

Jaina sacudió la cabeza, sin palabras.

Ante esa respuesta, Marran pareció tensionarse, a la espera de un golpe.

—Sabía que no entenderías —dijo—. Y lo lamento.

Jaina sintió un pinchazo agudo, y algo repiqueteó en el piso de piedra. La mano de Jaina fue volando a su cuello, y cuando sacó los dedos, estaban ensangrentados. Se dio vuelta y vio a una arquera que se iba por el corredor en sombras detrás de ellas. Una mujer envuelta en una capa larga y negra con capucha... la misma arquera, Zatacia, que había disparado a Thrall e interceptado la carta de Jaina.

Y entonces Jaina se desplomó y, cuando cayó sobre el piso duro, el bastón salió rodando lejos de su mano. Miró hacia arriba e intentó concentrarse en Marran mientras el mundo empezaba a volverse gris a su alrededor.

Marran se agachó y tomó un dardo del piso antes de recoger la piel de lobo.

—Esto no la matará, ¿no? Tener a toda la Alianza en contra de nosotros sería demasiado.

La arquera rio con malicia.

—La hija del mar dormirá muy bien esta noche.

Y entonces Jaina se perdió en la oscuridad.

ACERCA DEL AUTOR

Adam Christopher es escritor del *New York Times* y autor de los best sellers *Star Wars: Sombras de los Sith* y *Stranger Things: A oscuras en la ciudad*. También escribió novelas oficiales basadas en la serie televisiva de CBS *Elementary* y la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Adam fue cocreador de la encarnación del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics, *The Shield*, y escribió para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark, de Image Comics, y el universo de *Doctor Who* de Big Finish. Colaboró con la exitosa serie antológica de aniversario *Star Wars: Desde otro punto de vista* y también escribió para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, que contiene todas las eras. Entre las numerosas novelas originales de Adam se encuentran *Made to Kill* y *The Burning Dark*, y su novela debut *Empire State* fue el libro del año tanto para *SciFi Now* como para el *Financial Times*.